

MARAT

De la ventana de la sala de baño se ven los perfiles de unas gárgolas desnudas que parecieran lanzarse a un vuelo suicida: las ojivas de Notre - Dame reverberan entre el bosque de chimeneas que en este año quemaron tan sólo el ardor revolucionario puro, pues hace algunos que la leña escasea. Unos cuantos muebles, pocos, ocupan el espacio irregular, blanco, descolorido, de esta sala en donde el orador pasa sus días: una silla de hierro, cuyo respaldo recuerda una lira, un banquillo - orinal, una cómoda en la esquina, ligera, pequeña, cubierta de mármol, sobre la que brillan en la sombra relativa la palangana y el jarro de loza encontrados al azar en el mercado. En los ganchos, muchos, detrás de la única puerta que da al vestíbulo de la buhardilla, se acumulan las toallas, también blancas, retazos de tela de variada consistencia, y muchas batas desteñidas. Hay dos espejos en la sala de baño: uno oval, estrecho, unido a la cómoda, invadido por manchas oscuras como si fuese el negativo de una galaxia, y otro mayor, de cristal biselado; en el marco de caoba, las bisagras de bronce, delicadas, lo hacen girar por el centro. Las patas que lo sostienen terminan en súbitas garras de león; en lo alto de las columnas laterales, delgadas, hay dos cornucopias, doradas como los demás detalles. En el gran espejo ajustable se refleja de frente la tina esmaltada, hecha a la medida del cuerpo que la ocupa; sus patas torneadas y la cabecera

que se inclina en una curva suave imitan la ondulación de la silueta de aristocráticos cisnes degollados. Hundido en ella se baña Marat. Allí trabaja: escribe sobre una lámina que se apoya en los bordes horizontales, censura nombres, sugiere leyes, *revisa* condenas, escribe órdenes y planea como armar ejércitos. Al alcance de la mano, el estante instalado en la pared es más frágil de lo que supondría su función: en él se acumulan unguentos y papeles, espátulas de plata en un recipiente de vidrio y plumas de ganso en un tintero. En un extremo, un diminuto busto de marfil de la República con gorro frigio; en el otro, más cerca del revolucionario, una maza de plomo para defenderse y defenderla. El saturado aire de la sala de baño se condensa en gotas minúsculas sobre todas las superficies, hace resbaladizo el suelo de madera, apolillado algún día, y enmohece los espejos y los vidrios, cuatro, imperfectos, de la ventana que como almena observa París. En los papeles embebidos de humedad la letra de Marat se desfigura en misteriosos bosques negros, se esparce en difracciones, en rápidos rizomas. Muchas veces el jefe debe reescribir una orden importante pensando en su lectura; otras tantas, compara el efecto de las letras disueltas sobre el fino papel con la propagación aleatoria de la enfermedad sobre su piel. El azul de las venas de su cuello baja por el torso; en nudos, su melena enmarañada

resiste a la presión que junto al cuero cabelludo ejercen los bulbos y las lesiones.

Cercanos a los siete orificios de su rostro se desbordan abscesos como hongos en suelos proclives;

sobre las costras, blandas, satinadas, a cada media hora aplica el Ama las benignas pociones, conforme a las recetas. Cuando se acerca, trae dos cubetas de cobre, superpuestas, del mismo tamaño: la de encima con agua caliente, la otra, brillante y vacía.

Las separa y las deja en el suelo inclinado. Desagua con la vacía el líquido turbio; vierte despacio el que humea.

El solitario murmullo del agua que cae es todo lo que se escucha. El Ama, humilde, eficaz, anuncia a los que esperan en el vestíbulo y se retira. Algunas veces, Marat le pide que cambie los retazos de tela que oprimen su cabeza: la operación, difícil, exige tiempo. ¿Cuántas más habrán rodado en el patíbulo mientras Marat por media hora, u hora y media, tenía la suya de nuevo envuelta en lino?

Por orden, pasan oficiales, diputados, médicos, delatores, nobles arruinados, hasta Embajadores y Enviados Especiales que, conteniendo sus expresiones de horror, aparentan no percibir, en las ojivas del pecho del orador, que la bata entreabierta, pegada a la piel, deja vislumbrar, los tonos que su cuerpo asume, las llagas mayores, las menores, las pústulas como vitrales que le llegan a los brazos, a las manos, a los dedos que escriben incansables e intentan desde la tina controlar a Europa. Marat resiste las miradas, los gestos de tantos visitantes incompasivos, atado a la vida sólo por la voluntad. Hace meses se rumora en París sobre su estado. Hace meses las versiones que bajan de la buhardilla sobrecogen de terror y de espanto al ciudadano. Hace mucho que él no va a la

Convención:

¿cuánto tiempo durará su agonía?,
¿surtirán efecto los medicamentos
que sus seguidores recomiendan?

Y más de un jacobino agradecido,

habrá ido a orar a escondidas al viejo dios por la salud del jefe que se va.

Con voz apagada, Marat llama a los que esperan su turno, uno a uno. Incómodos se sientan en la silla de hierro forjado que recuerda una lira. Mañanas, tardes enteras del verano de 1793

se consumieron así, hasta que un día el orador, el revolucionario, se permitió también recibir a la joven que insistiera al Ama admirarlo sin condiciones ni asco. Con el turbante rehecho y los pelos restantes de la barba bien arreglados, autoriza ahora que pase a la sala mademoiselle Corday,

quien entra con el cabello castaño, largo, suelto, los brazos desnudos, la tez perfecta, el silencioso semblante inescrutable, y avanza dos pasos más allá del límite definido y tácito del espejo ajustable, augusto, imponente.

En el momento en que distingue Marat la forma apetecible de su senos bajo la fina gola de encajes,

la suave piel de fruta de su rostro, el inequívoco destello del puñal suspendido lo hace entender que la otra cara de la Historia por fin, por fin, tuvo piedad de él.